

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

Marxismo español

El partido obrero español ha celebrado su VIII Congreso.

Los prohombres de ese partido, que se atribuyen la representación del socialismo y se consideran como los continuadores de La Internacional, han reforzado en ese Congreso la máquina electoral en previsión de futuras elecciones, como si en cada afiliado a partido hubiera de predominar, no su condición de asalariado que aspira a su emancipación, sino la de elector capaz de dar el triunfo a sus candidatos, y eso no es socialismo, ni internacionalismo, ni siquiera marxismo; eso es un caciquismo iglesia.

Allí se ha elogiado la disciplina del partido, ó sea la obediencia a las leyes, reglamentos y autoridad que le rigen; se han celebrado los beneficios obtenidos (!) en las corporaciones donde han logrado convertir en elegidos los candidatos, y se ha dado cuerda a la máquina para que durante un año más los obreros obreristas coticen en los plazos reglamentarios y voten cuando se celebre la feria electoral.

Entre el decorado del salón de sesiones y en sitio de preferencia, sobre la cabeza del presidente, se ostentaba el busto de Carlos Marx, de aquel pensador y organizador que consideran como su inspirador y patriarca esos mudiferos electorales, confiados en que sus partidarios no han de pedirles cuenta por desviación más ó menos notable de la doctrina fundamental. Lo que importa es convertir en quintos a los trabajadores y triunfar a la manera que, según información de *El Socialista*, con elocuencia militar expresa el delegado de Valencia: «Se ha conquistado una buena plaza, Alcoy, ganada a los ácratas y a los republicanos. De este punto se espera un fuerte número de soldados para el ejército socialista.»

Marx en figura de busto de yeso no podía menos de dejar pasar sin protesta aquellas cosas hechas y dichas en su nombre; pero juzgamos útil recordar que si el pensamiento de aquel hombre no hubiera excedido con mucho en grandeza y generosidad la mentalidad y los propósitos de los marxistas españoles que mangonean el partido obrero, no hubiera iniciado aquella gran conmoción obrera que viene agitando al mundo hace más de medio siglo y que ha de producir algo más importante que elegir concejales y diputados.

Para algo más trascendental escribió en el célebre Manifiesto de La Internacional:

«En todas partes las masas de la clase trabajadora se abisman en la miseria en la misma proporción que aumenta la prosperidad de las clases superiores. Es una verdad demostrada, patente para todo el que se halla en posesión de sus facultades mentales, aunque negadas por los conservadores de este paraíso de locos, que ni el desarrollo de la maquinaria, ni los descubrimientos químicos, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el aumento y mejora de los medios de comunicación, ni la emigración a nuevas colonias, ni la apertura de mercados, ni el libre cambio, ni todas esas cosas juntas, pueden librar de la miseria a los trabajadores, antes al contrario, en la organización social presente cada nuevo desarrollo de las fuerzas del trabajo tiende fatalmente a aumentar la diferencia de clases, la desigualdad.»

Bien saben los obreristas de la categoría de candidatos que esa desigualdad y esa miseria no disminuyen ni se destruyen con que se les elija, pero los que en el partido son masa impulsada, sugerida, pagana y votante creen y esperan, y para éstos recurrimos al expuesto recuerdo, porque conviene que sepan que el cerebro que animó al hombre representado en aquel busto hubiera rechazado a los actuales marxistas como falsificadores de su pensamiento y explotadores de su prestigio.

Las dos Historias

A lo largo del camino polvoriento y picajoso, caminan dos mujeres. Ambas son jóvenes y viajan a la vez, de una extraña manera.

La una lleva en la falda un manojo de hojas de laurel, muchas de ellas ensangrentadas y cubiertas de polvo milenario.

La otra lleva en la diestra mano una pluma y un libro de notas en la siniestra.

He salido al paso de las dos mujeres, que caminan a la par.

—¿Quién eres y dónde vas, mujer,—he preguntado a una.

—Soy la Historia. Voy a la eternidad; soy inmortal.

—La Historia... ¿Y esas hojas secas y sucias que llevas en la falda, qué son?

—Trofeos y reliquias de los grandes hombres.

—¿Ves esta hoja de laurel, tinta toda ella en sangre?, es de la corona de Alejandro Magno...

—¿Curiosa reliquia! ¿Y dime, Historia, de qué te sirven todas esas cosas?

—Con ellas perpetúo la memoria de los guerreros, con mención de sus victorias y derrotas.

—Para eso soy inmortal por la voluntad de Dios. Yo sé de memoria los nombres de todos los héroes, de todos los lugares en que acontecieron grandes sucesos, de todos los legisladores, sacerdotes y reyes, con las leyes que hicieron, la piedad y santidad que tuvieron, las justicias y gobiernos que cupieron a cada uno. Sin mí, nadie sabría lo que hubo antes de ahora.

—¿Quién eres y dónde vas?—he preguntado a la otra.

—Yo, amigo, soy la Historia. Realmente no sé dónde voy, aunque lo sospecho. Voy con la vida, camino de la eternidad.

—¿Para qué llevas esos útiles de escritura, Historia?

—Sirvenme para anotar en ellos las observaciones que me sugieren los accidentes de mi camino. A veces, tropiezo, y entonces examino las causas de tal suceso y discuro el modo de evitarlo, si ocurriese hallar igual ó parecido obstáculo; otras veces salvo bien una gran dificultad, y anoto la manera que lo hice, con circunstancias y reflexiones que me inspira el triunfo.

—¿Y para qué quieres tales notas?

—Para evitarme dolores en la marcha y hacer antes el camino. Tengo deseo de llegar. Cada paso que doy me siento más feliz y satisfecha.

—Páreceme admirable, Historia, pero dime: ¿esa compañera de viaje, por qué se da el mismo nombre que tú?

—Por ignorancia solamente. Me aborrece porque la he aconsejado, afeándole su vana afición a cargar con esas livianas hojas de laurel, apesadas de sangre y roña...

—¿Luego no es, como dice, la Historia?

—Sí que algo tiene de ello, el nombre y el traje al menos; pero de qué le serviría haber vivido y caminado tanta tierra, si por mí no fueral... No hace sino imitarme, aunque me calumnia.

—¿Os diferenciáis, pues?...

—En que yo amo el porvenir, y ella adora solamente lo pretérito.

—Gracias, maestra.

Y las dos mujeres siguieron su caminata hacia la eternidad.

J. G. DE F.

Al primer Congreso regional de Solidaridad Obrera

Compañeros: Permitid que un delegado al primer Congreso Obrero Español celebrado en Barcelona en 1870, como si dijéramos un rezagado de otra generación, saludé al primer Congreso de Solidaridad Obrera.

Entre aquel y este Congreso, a 38 años de distancia, en que han ocurrido graves y trascendentales acontecimientos, hay analogía y hay continuidad.

Analogía, porque entonces como ahora, partiendo de la tiranía del salario—transformación de la esclavitud y de la servidumbre,—y de la aspiración a librarse de ella, se trataba, como se trata hoy, de formular enérgica y perenne protesta contra la usurpación propietario-capitalista y de celebrar un pacto de solidaridad entre todos los trabajadores.

Continuidad, porque de las ideas de aquel Congreso, de la organización resultante, de su propaganda, de la lucha desde entonces emprendida contra el privilegio, de los acontecimientos prósperos y adversos que constituyen la historia moderna del proletariado español se ha nutrido la inteligencia de los trabajadores de España, de gran parte de los de la América meridional y hasta ha llegado a influir en la determinación de la voluntad de los fundadores de la Confederación del Trabajo de Francia, y esa inteligencia se manifestará en vuestros acuerdos, como se ha manifestado en todos los actos precursoros de este Congreso.

No es, por tanto, nueva vuestra obra, ni siquiera una renovación, es una continuación.

Vais ó debéis ir sencillamente a quitar los obstáculos opuestos por privilegiados y mandarinos en el camino de la emancipación del trabajo trazado por vuestros antecesores.

No podéis olvidar, aunque deseáis ardientemente libraros de la situación en que la lucha social nos ha colocado, que vuestra obra es para el futuro; no vais ó no debéis ir a obtener una mezquina ventaja actual y por lo mismo pasajera, sino a sentar un precedente necesario para el triunfo definitivo de la justicia social, y sólo a esta condición merecerá vuestro Congreso digna mención histórica.

Ante la indiferencia ignorante de las masas, se presenta la actividad consciente de los pen-

sadores obreros, dividida en dos criterios: el idealista y el práctico.

Ni el uno ni el otro tiene derecho a la tutela exclusiva de los trabajadores. Con la mano puesta en el corazón un idealista os lo asegura.

Dentro de la más estricta buena fe, ambos aspiran al bien; pero los idealistas, combatiendo la arbitrariedad y negando el error, no digo que llegarán, pero pueden llegar a caer en el vacío sin hallar la realidad para su ideal, y los prácticos, beneficiando el presente, no digo que crearán, pero pueden crear grandes obstáculos al progreso y a su finalidad.

Tampoco podéis resolveros a ser eclécticos, a escoger el mejor de ambos criterios, porque pondríais vuestra mentalidad a merced de la de otros, y además porque no está probado que la verdad sea el justo medio entre dos criterios, erróneos por ser dos siendo una la verdad.

¿Cómo resolver el conflicto, puesto que su solución corresponde al tiempo, y nosotros sólo poseemos el fugaz presente?

Sencillamente: Confiando en estos aforismos de La Internacional, que condicionan vuestra conducta sindicalista y revolucionaria: La emancipación de los trabajadores ha de ser obra propia; rechazamos el privilegio hasta cuando nos beneficia; la solución del problema social no puede ser local, ni nacional, sino internacional; es decir, constituyendo la unidad productora, en que los trabajadores, adquiriendo conciencia, se unan a los conscientes, y unidos en una acción común a través de las fronteras y de los mares, formen una humanidad nueva y borren de todas las patrias la usurpación propietaria, legalizada hasta el día por los Códigos de todas las naciones civilizadas, con la complicidad de las religiones, de los sistemas filosóficos y hasta de las revoluciones políticas.

Esa usurpación es nuestra cadena, y no se es libre ni digno cubriéndola de flores, ni olvidándola en torpe indiferencia, ni exceptuándose individual ó colectivamente de ella para aumentar la opresión de otros, sino destruyéndola para siempre.

Compañeros, salud.

ANSELMO LORENZO

Barcelona, septiembre, 5, 1908.
(El Congreso, oída esta comunicación, acordó su publicación en la prensa obrera. Recomendamos a los periódicos que deseen publicarla copien la presente y no la de *El Progreso*, donde se deslizó alguna errata involuntaria, aquí corregida.)

A discutir ó a callar

Leo en *El País* del día 26 de Agosto: «Otro de los defectos de las leyes especiales: impiden la crítica, la censura y el ataque. Las ideas anarquistas serían pulverizadas si se permitiera su libre exposición.»

Aparte de la inoportunidad de citar a los anarquistas cuando menos falta hacía, el autor del sueltucillo, cuyas líneas motivan las mías, peca por ignorancia, porque no hay ninguna ley especial ni no especial que impida la libre exposición de las ideas anarquistas.

Ahora bien; de las palabras del gaceticero de *El País*, se desprende:

1.º Que no critican, censuran y atacan las ideas anarquistas, porque las leyes no permiten nuestra integral defensa; y

2.º Que si tal sucediese, pulverizarían (nada menos) todas nuestras teorías.

A tan peregrina afirmación, yo opongo esta otra: *Todas las teorías anarquistas son irrefutables.*

Y estando plenamente convencido de que así como lo creo es, reto a todos los antianarquistas a discutir cuanto quieran, en la inteligencia de que la discusión ha de ser amigablemente, sin ataques personales ni groserías.

¡Precisamente estoy deseando que haya alguien que me demuestre que estoy equivocado para dejar de llamarme anarquista!

Con que... ¡a aprovechar la ocasión, señores! Pero si alguno, por alto que esté, quiere rebajarse a discutir conmigo, tenga en cuenta estas advertencias:

1.º Que estas mal pergeñadas líneas, me las dicta el convencimiento en que estoy de la verdad de mis creencias y no la vanidad; y

2.º Que estoy seguro de vencer a mis contrincantes, por mucha inteligencia y sabiduría que posean, porque la verdad está conmigo y la verdad no puede ser derrotada...

¡A ver, pues, quién es el osado que contesta a mi osadía!

Alea jacta est.

JOSÉ CHURCA.

Zaragoza.

Los corresponsales que aun no han satisfecho el importe de los paquetes recibidos durante el mes anterior sírvanse hacerlo cuanto antes para no vernos precisados a suspenderles el envío.

Igual advertenela hacemos a los suscriptores que están en descubierto en el pago de su suscripción.

¡Trabajadores!

No cerréis vuestras asociaciones a la idea. Os traería la esclavitud. Que vuestras asambleas sean tempestuosas como el mar, pero que todos tengan en ellas cabida. No temáis la discusión. Escuchad todo y a todos. Los republicanos excomulgarán a los socialistas, los socialistas a los anarquistas, los curas querrán alejaros de unos y de otros, pero vosotros no creáis a nadie. Escuchad y juzgad. Haced de modo que vuestra conciencia sepa ser una calidad, una creencia propia. La disciplina no ha de ser cosa nuestra, es del militarismo y del clericalismo. Son instituciones del pasado. ¿Por qué querer empujear vuestro pensamiento que tiende a la inmensidad, construyéndolo a encerrarse en un vaso minúsculo tapado por la mano de vuestro tirano?

Escuchad y juzgad todo y a todos.

Y cuando vuestra conciencia segura de sí misma ilumine vuestra mente y os enseñe el modo de proceder en una dada cuestión, no esperéis la orden de jefe alguno. Obrad vosotros mismos individual ó colectivamente, pero guiados únicamente por lo que os dicte la razón. De este modo seréis dueños de vosotros, que si para la acción esperáis la orden ó la guía de los jefes, ésta os faltará en el momento oportuno ó será interesada. La mejora conquistada la deberíais entonces a los otros y éstos serían vuestros futuros amos.

Cuando estéis convencidos de que las guerras son bárbaras, vergüenza de nuestros tiempos, y que las víctimas a millares pueden ahorrarse, obraréis en consecuencia y un paso se habrá dado por el camino de la paz.

Cuando estéis convencidos de que la propiedad privada no es de ley natural, sino flagrante injusticia, porque la tierra, como el aire y el agua, deben ser de todos y para todos, entonces tomaréis posesión de ella, y vuestra conciencia, decisiva, invulnerable, productora de férrea voluntad, no hallará la más débil oposición. ¿Quién podría oponerse? ¿Los soldados? Son carne de vuestra carne. ¿Los propietarios? Son uno contra mill.

Y cuando estéis convencidos de que la ciencia, de acuerdo con el sentimiento de fraternidad humana niega al hombre el derecho de castigar y nos enseña que el delincuente es un desgraciado, tendréis ya destruido en vuestra mente el prejuicio que hoy preside el actual sistema penal: *la necesidad del castigo.*

Entonces derribaréis las monstruosas cárceles donde hoy vegetan moral y físicamente torturados 60.000 hermanos tan sólo en nuestra infeliz Italia.

Hoy se dice al proletario: toma tu salario y construye. Y el proletario obedece. Mañana el hombre consciente dirá: no quiero prestarme a edificar instrumentos de tortura ó de destrucción de mis semejantes, guardaos vuestro oro, yo no soy un sicario. Y entonces las penas que los legisladores inconscientes ó feroces promulgarán para defensa de instituciones bárbaras y antisociales, caerán en el vacío, porque ningún hombre querrá ser verdugo ni querrá violar la ley de la naturaleza para servir el deseo de los prepotentes.

A este punto de iluminada consciencia que elevará el proletariado mundial al nivel del verdadero super-hombre, no se tardará en llegarse, si a las infructuosas luchas por la conquista de los poderes públicos se sustituye por la conquista de las consciencias.

Que cada soldado del socialismo se convierta en un apóstol, no en agente electoral, apóstol de todo aquello que es bueno, que es bello, que es justo, que es verdadero. Que desde el círculo de las Ligas, de las Federaciones, de los campos, de los talleres, se extienda libre el pensamiento de la humanidad, invocando fuertemente libertad y justicia. Que se arrolle todo lo que pretende cerrarle el paso; ni frenos religiosos, ni leyes que son reflejo del pasado y a él nos atan.

Que en los fecundos campos y en las orillas del mar donde se levantan estos inmundos sembradores del dolor, pase la hoz de la revolución consciente. ¡Abajo los presidios todos! ¡Abajo las infames celdas!, y que sobre sus ruinas, en las mismas orillas del mar riante, surjan como por ensalmo los hogares risueños y felices, rodeados de sendas floridas, de abundantes y olorosas rosas y blancos jazmines.

Tranfórmense los cepos infames en instrumentos de agricultura, y el odiado delincuente, no ya torturado, no ya envilecido, sino fraternalmente cuidado, hallará en la libertad, en la dulce quietud de los campos y en la ruda belleza del mar la curación regeneradora del mal que le atormentó.

Esto es el porvenir, este es el camino del progreso y del humanitarismo. El hombre que ha destruido el infierno de las religiones, invención fatal que por tantos siglos ha extraviado la psiquis humana, sepa también destruir hoy toda clase de castigos sobre la tierra.

La venganza es herencia de pueblos salvajes y el castigo no es más que la larva de la venganza.

Esta es la verdad.

LUIS MOLINARI
(De La Federación Obrera, órgano de la Federación obrera Regional Argentina.)